

MATERIALES PRESENTES EN LA FÁBRICA DE LA IGLESIA ACTUAL.

Aunque en los siguientes apartados, referidos a los alzados interiores y exteriores, haremos alguna ineludible referencia a los materiales, resulta oportuno realizar, previamente, una descripción general de los materiales que actualmente conforman la fábrica de la iglesia, evitando incurrir, posteriormente, en innecesarias reiteraciones, al tiempo que nos formamos una idea global sobre las calidades de los mismos.

Los **paramentos**, por lo que se puede apreciar en los escasos lugares en los que están a la vista, están contruidos con un aparejo de **mampostería y sillarejo** cohesionado con un mortero arenoso. En la práctica totalidad de las paredes, este aparejo está recubierto por la gruesa carga aplicada en el año 1981, que en algunas partes del exterior presenta desconchados que permiten apreciar los citados materiales.

Para el revoque de los muretes del pórtico, más rugoso que el resto, se utilizó arena gruesa y redondeada, seguramente de río. Al interior, el único espacio en donde el aparejo no está totalmente recubierto por la carga es el trastero, en donde la parte superior de algunos de sus muros conserva un tosco enfoscado y encalado que nos sirve como muestra de la forma de aplicación de los revoques originales.

El **sillarejo**, especialmente el más regular, también se emplea para reforzar algunos esquinales, en donde se dispone a soga y tizón, reservando el **sillar bien escuadrado** para las partes que, además de resultar tectónicamente más comprometidas, cumplen una discreta función estética, resaltando y articulando los elementos arquitectónicos más importantes: al exterior, puertas, ventanas, cornisas, zócalos, muretes y plintos del pórtico, espadaña y esquinales de la fachada, de las capillas, del presbiterio y de la sacristía; al interior, además de las puertas y las ventanas originales, el sotabanco del retablo, los arcos de las capillas y del presbiterio, y los nervios de las bóvedas del presbiterio y de la capilla del Rosario. También se empleó el sillar, como hemos visto, en el arranque de la escalera de la tribuna y en los enlosados y sepulturas.

Atendiendo al color de la piedra se distinguen tres tipos de sillares. (En ausencia de un estudio geológico, nuestras reflexiones sobre la materia solamente deben de ser consideradas en el aspecto estético). La caliza presenta dos colores que, según Escayo y Solans, se deben a la distinta exposición a los fenómenos meteorológicos: de color negruzco (extraída del interior de las rocas) y de color grisáceo (de las partes superficiales, más alteradas). La negruzca (escasa) aparece dispersa por los pavimentos

y en algunos umbrales y asientos del pórtico. La gris (más abundante) se empleó, por ejemplo, en los muretes, plintos y asientos del pórtico, en la espadaña, y en algunas puertas, ventanas y esquinales. El tercer tipo de sillar es el de arenisca, de color algo anaranjado, que se reservó para algunas de las partes más importantes del edificio: la ventana románica, el enmarque de la puerta principal, la inscripción situada sobre ella, los vanos originales, el arco de triunfo y los nervios de la bóveda del presbiterio, los esquinales y cornisas del presbiterio y de la nave; como se podrá apreciar, en la descripción de los alzados de la iglesia, algunas de ellas están labradas y presentan los principales detalles decorativos estilísticamente relacionables con el barroco.

Atendiendo al tipo de textura, también se aprecian diferencias entre sillares de superficie abujardada, lisa y pulimentada. Este último caso se aprecia generalmente en zonas sometidas a un desgaste natural producido por el uso habitual y el roce continuado: asientos de los bancos del pórtico, umbrales de puertas, algunas lápidas sepulcrales, etc. Solamente en dos casos se utilizó el contraste de texturas como recurso estético, pero en fechas muy posteriores a la reedificación de la iglesia: en 1867, en los plintos del pórtico, cuyas caras están abujardadas pero van perfiladas por un listel liso; y en 1973, en el sotabanco del retablo, en donde se combinan las partes abujardadas, de color blanco, con las pulimentadas, de color gris oscuro.

El enfoscado y encalado tradicionales (que, por lo que vimos en el capítulo anterior, recubriría la totalidad de los muros interiores y exteriores) cumpliría una doble función de carácter sanitario (evitar epidemias provocadas por los enterramientos) y estético (enmascarar la pobreza de los materiales empleados en los paramentos, resaltando las partes labradas en sillar).

Con la **aplicación, en 1981, de la gruesa carga** que recubre la práctica totalidad de los mismos, se debió de alterar significativamente la articulación original de los elementos arquitectónicos. Esto se puede apreciar, particularmente, en la fachada principal, en donde se aprecia un evidente contraste entre el tratamiento que se le da a los esquinales en la parte cubierta por el pórtico, en la que se remarca artificialmente la disposición a soga y tizón de los sillares, y la situada por encima del tejado, en donde las cadenas esquineras están delimitadas por bordes rectos, al igual que en el resto de las paredes exteriores de la iglesia. Lo mismo sucede en el enmarque de la puerta principal y en la cara interior de las jambas del arco de triunfo. Convendría, por tanto, tenerlo en cuenta en la restauración que se proyecta al efecto de unificar la forma de aplicación de la carga.

El segundo elemento más abundante en la fábrica de la iglesia, es **la madera**, que se empleó en las armaduras de las cubiertas, en el campanario, en la tribuna y en los cierres de puertas y ventanas que, en todos los casos van acristaladas. También se empleó, en forma de barrotillo, como soporte del cielo raso de la nave.

El **vidrio** se empleó, al menos, desde la época de la reedificación: en la Visita Pastoral del año 1786, se ordenó al párroco que pusiese vidrieras en las ventanas “*para que se use de sus luces sin que el aire ofenda*” y, en las cuentas de los años 1790-1791 se incluyó un gasto de 55 reales en vidrios y cola. Los plásticos autoadhesivos que imitan sencillas vidrieras fueron añadidos en 1983.

Los barrotes de **hierro** que protegen la mayor parte de las ventanas presentan tres formatos que corresponden a diferentes épocas. Las ventanas originales, recercadas de arenisca y más angostas que las posteriores, van cerradas por uno o dos barrotes prismáticos. La reja de la sacristía, que está formada por 6 barrotes entrecruzados, fue forjada por un herrero de Figares en 1847. Tres de las ventanas abiertas o reformadas en 1930, están protegidas por rejas compuestas por un sólo barrote horizontal, atravesado por dos, tres o cuatro verticales, siendo todos ellos cilíndricos.

Otros elementos realizados en hierro fueron los herrajes de las puertas. Así, por ejemplo, en 1788 se pagaron 13 reales y 16 maravedís por 4 bisagras y 1 cerradura para la “*puerta y la ventana del cuarto del pórtico*” y, en las cuentas de 1796-1799, se anotó un gasto de 35 reales por el “*ferraje de la puerta de la sacristía (y) otra pesllera para el cajón de los cálices*” y otro de 7 reales y 14 maravedís por “*las tablas y refender las barras de la puerta*”. Algunos de estos herrajes pudieron ser parcialmente sustituidos en la reforma de 1981, en la que se les añadieron a las puertas “*clavos de cerrajería*”; los tiradores de las de la nave y la sacristía, que presentan idéntico formato (con espejo flordelisado) no parecen originales, aunque no resultan disonantes.

La cruz que remataba la espadaña la forjó “*el ferrero de Figares*” en la primera fase de reedificación (1777-1780). La actual, más moderna, está desprendida, mientras que en la sacristía se conserva una pequeña (pero antigua) cruz-veleta de brazos lanceolados (fig. 90). En 1902 se reforzó la tribuna con una barra de hierro que va sujeta a la armadura de madera y en 1903 se instaló, bajo la misma, una verja de hierro para cerrar el baptisterio, en donde sólo se conserva un pequeño jabalcón tornapuntado que une la rosca del arco interior de la puerta principal con la viga situada sobre ella.

La **teja árabe** se utilizó para la práctica totalidad de las cubiertas exteriores, con la única excepción del campanario, en donde fue sustituida por Uralita. La cúspide de la cubierta del presbiterio va rematada por un pequeño monolito piramidal.

La red de **canalones y bajantes**, en la que se combinan elementos metálicos (zinc) y de plástico, presenta una disposición bastante caótica y asimétrica y un evidente y avanzado deterioro que repercute en la conservación de las cargas y enlucidos de los muros exteriores. Las zonas que no están protegidas por canalones presentan diversos tipos de desperfectos. Suciedad, desconchados, líquenes, vegetación, etc. Convendría tener en cuenta, al instalar las necesarias canalizaciones, que algunas de las actuales están ocultando interesantes elementos arquitectónicos, como cornisas y esquinales.

Las reparaciones y reformas llevadas a cabo durante el siglo XX, que analizaremos en el correspondiente capítulo, **supusieron la incorporación a la fábrica de materiales no tradicionales** que, en algún caso, convendría eliminar o sustituir con motivo de la proyectada restauración. Algunos ejemplos de estos materiales son los siguientes: en el campanario, la Uralita del faldón y del tejado; en la sacristía, el terrazo del pavimento, la escayola del falso techo y el fregadero de acero; por último, el cemento del empedrado y del trastero, en donde también se utilizaron algunos bloques de hormigón para reparar la esquina izquierda del muro que lo separa del pórtico.